

Obama desciende a la tierra

LA VANGUARDIA, Editorial, 6.11.08

La histórica elección del demócrata Barack Obama, de 47 años, como cuadragésimo cuarto presidente de Estados Unidos abre una gran oleada de esperanza. El masivo apoyo obtenido por el candidato demócrata se interpreta como el inicio de una nueva era, no sólo para el gran país norteamericano, sino para el resto del mundo. Sin embargo, también es hora de reflexionar sobre los grandes retos del nuevo presidente, como son el derrumbe del sistema financiero, la lucha antiterrorista, un planeta en peligro y la crisis de liderazgo.

El senador por Illinois y presidente electo Barack Obama ha despertado un gran entusiasmo que ha contagiado a las jóvenes generaciones, a las que sacó de su apatía; a las grandes minorías de Estados Unidos, la afroamericana y la hispana, a las que rescató del escepticismo y la indiferencia, y a las mujeres, que le votaron en mayor medida que los hombres. Aspectos todos ellos que explican el clamoroso triunfo de un político afroamericano, casi desconocido hace cuatro años, que alcanza la máxima responsabilidad de forma tan clara como incuestionable. Otra gran lección de Estados Unidos al mundo.

Veinticuatro horas después, a la alegría le sucede la necesidad de reflexionar sobre los grandes desafíos a los que tendrá que hacer frente el primer presidente negro de Estados Unidos. El propio Barack Obama, en su discurso de la noche electoral, intentó rebajar la euforia de la audiencia y transmitió la necesidad de realismo, de descender a la tierra y de encarar los graves asuntos a los que tendrá que hacer frente.

"Esta victoria por sí misma no es el cambio que buscamos", anunció Obama, que auguró "un largo camino", con "percances y comienzos en falso", en el que se precisará tiempo para volver a encarrilar las cuestiones que la Administración republicana ha desencajado. Tiempo, dijo, y colaboración de todos, incluidos los republicanos. Al rival perdedor, John McCain. "líder valiente y abnegado", le agradeció con sinceridad los sacrificios por Estados Unidos, un ejemplo que le sirve para poner énfasis en la cohesión y en la integración de todos en su proyecto de recuperación. "Porque no somos enemigos, sino amigos", dijo el presidente electo dirigiéndose a quienes no le votaron. "Necesito vuestra ayuda", añadió.

Pero, a renglón seguido, Obama se mostró taxativo en la irrenunciable necesidad de emprender profundas reformas, porque "la verdadera genialidad es que Estados Unidos puede cambiar". Toda una declaración de principios. Aquellas enormes colas de votantes, algunos de las cuales soportaron cuatro horas de espera para depositar su voto por vez primera en la vida, serán sin duda una de las principales bazas de Obama. La histórica participación, por masiva, por encima del 64% en un país de tradición abstencionista, es para el nuevo presidente un plus de legitimidad que le resultará muy necesario en las horas bajas que, sin duda, habrá de negociar.

El apoyo masivo a un cambio que vaya mucho más allá del lampedusiano "para que nada cambie" adquiere por tanto valor de centralidad de una política presupuestaria fundamentada en la fiscalidad, incluso a riesgo de aumentar el grave déficit que hereda, para poder hacer frente a las urgencias sociales provocadas por la crisis y a la proyección de infraestructuras con las que reanimar la economía. Una política que

encontrará, seguro, fuertes resistencias entre amplios sectores conservadores que califican al Estado de enemigo. Para explicar el sentido del cambio, Obama recordó gráficamente que lo que le ha enseñado la crisis financiera que sufre Estados Unidos es que no pueden coexistir "un Wall Street próspero y un Main Street que sufre", en referencia al ciudadano de a pie. Y es que el brutal hundimiento del sistema financiero obliga a tomar drásticas medidas de regulación, pero también unas políticas sociales que palién los efectos de la crisis económica. Está en su programa, y no cumplir esa promesa significaría decepcionar a una gran parte de la ciudadanía ilusionada con las expectativas levantadas. ¿Demasiadas? Este es el riesgo cuando la sociedad apoya masivamente el cambio en un proceso electoral.

Que el apoyo a estas políticas es mayoritario lo demuestra también el hecho de que el mapa de Estados Unidos ha evolucionado hacia el azul demócrata, invadiendo áreas tradicionalmente coloreadas con el rojo republicano. Obama ha arrebatado a sus rivales hasta siete estados: Virginia, Iowa, Nuevo México, Colorado, Nevada, Ohio y Florida. Cabe destacar, sobre todo, la victoria en algunos estados del llamado Far West, feudos tradicionales de la derecha más conservadora y antiestatalista. Muy significativo es, además, que Obama haya conservado Pensilvania, estado en el que Hillary Clinton había arrasado en las elecciones primarias y que indica que el apoyo del partido (y de los Clinton) a su candidato ha sido total, sin reservas.

Restaurar la prosperidad, fomentar la causa de la paz y recuperar el sueño americano es el trípode en el que se apoya el proyecto de cambio de Barack Obama. Si en el plano interior deberá vencer las citadas resistencias del rancio establishment de los blancos anglosajones y

protestantes (wasp), que no dan crédito a un presidente negro en la Casa Blanca, en el plano exterior deberá acometer una política basada principalmente en el multilateralismo.

Ya durante la campaña hizo el nuevo presidente algunas menciones a la necesidad de apoyarse en los aliados, tanto para superar la crisis económica global como para archivar la imposición neocon de un liderazgo a golpe de decisión unilateral si no de invasión militar. Un política que deberá incluir un calendario para una muy difícil retirada de las tropas de Iraq y el no menos complicado fortalecimiento de la presencia aliada en Afganistán. Obama promete lógicamente que será duro con los terroristas y que apoyará a quienes buscan la paz y la seguridad, ya que la auténtica fuerza de Estados Unidos procede "no del poderío de las armas ni de la magnitud de su riqueza, sino del poder duradero de sus ideales: la democracia, la libertad, la oportunidad y la esperanza firme".

Europa espera edificar con el nuevo presidente estadounidense una nueva alianza atlántica, más fuerte y equilibrada. Lo que la Comisión Europea ha calificado de "nuevo pacto para un nuevo mundo". Por su parte, el presidente del Gobierno español, Rodríguez Zapatero - distanciado de la Administración Bush por la retirada de las tropas españolas de Iraq-, se ofrece como "aliado fiel" para instaurar una nueva era de diálogo.

Los retos a los que se enfrentará Obama a partir del 20 de enero, cuando tome posesión, son principalmente la herencia de la Administración cesante (dos guerras, una profunda crisis económica, un planeta en peligro y una crisis de liderazgo mundial) y las grandes

expectativas que ha levantado con su repetida promesa de que ante la crisis "sí, podemos". Un éxito que interesa a todo el mundo, porque su fracaso sería, también, el del resto del mundo.